

El general Ramón Méndez, informado de lo que ocurría en la plaza cuando ya estaba interceptado el camino para llegar al cerro de las Campanas, no pudo

imperialista estaba completamente desmoralizado, concluyendo con desafiar ante sus compatriotas y ante el mundo entero á los que pudieran probar que Querétaro había sucumbido por la traición.

Entonces, habiendo citado López al coronel Salm como uno de los principales testigos que pudieran probar que Querétaro no sucumbió por la traición, el aludido contestó: que el folleto de López llevaba el carácter de la falsedad más completa. Sostuvo Salm que Maximiliano no había comisionado á López para tratar con el enemigo; en la noche indicada, después que López dejó al Emperador, á las doce y media, le habló Salm y nada supo respecto á que tuviera ni la más remota intención de entrar en tratados con el enemigo, pues el pequeño pero fiel ejército que defendía la ciudad podía romper, en unión de su soberano, las líneas del enemigo.

Para probar Salm su aserto, preguntaba á López que por qué volvió de las líneas del enemigo á las dos de la mañana, en la memorable noche del 14 de Mayo, acompañado de un oficial superior republicano á quien López conocía muy bien y le condujo á la Cruz, al cuartel general del Emperador y dentro de las fortificaciones de la plaza. Además, continúa Salm, "contra la expresa voluntad del Emperador, y sin que el mismo Salm lo supiera, ¿por qué dió orden López á la guardia de corps y al escuadrón húngaro para que desensillaran sus caballos, siendo que Salm había mandado, por orden expresa de Maximiliano, que permanecieran listos toda la noche? ¿Por qué López de su propia cuenta, y en una situación tan peligrosa, mandó retirar la guardia del aposento del Emperador, y la compañía de infantería que, juntamente con medio escuadrón del Regimiento de la Emperatriz, hacía el servicio de seguridad á la entrada de la Cruz? ¿Por qué por órdenes expresas de López fueron dejados sin tropas, con pocas excepciones, todos los pasos de la Cruz? ¿Por qué fueron volteadas las ocho piezas situadas en la plaza de la Cruz, con sus bocas contra la ciudad? ¿Por qué cuando el enemigo avanzaba, no había ningunos soldados que sirvieran la pieza de á 36 que estaba colocada á la izquierda de la Cruz?

Salm continúa sus preguntas queriendo que le dijese López, por qué después de las dos de la mañana había conducido dentro de las fortificaciones de la plaza al mismo general del enemigo, que iba vestido de paisano y llevaba una pequeña pistola giratoria, guiándole para que se informara por sí mismo de cómo se hallaba todo? ¿Por qué un poco antes de las dos de la mañana, y acompañado del mismo general enemigo, dejó López su línea y volvía un cuarto de hora después á la cabeza de los batallones republicanos, guiándolos personalmente hácia el patio interior de la Cruz, á donde fué recibido y saludado por su ayudante el subteniente Yablousky? No podía avenirse el que López hubiera caído prisionero, con el hecho de haber mandado al mencionado Yablousky que, acompañado de su cuñado Legorreta, avisaran al Emperador que el enemigo había entrado á la Cruz, y no se podía explicar tampoco que López, en su condición de prisionero, después de esto, fuese también á anunciar al Emperador el mismo suceso sin que le acompañara ninguno del enemigo y que entrara á la residencia de Maximiliano exclamando: 'pronto, salvad la vida al Emperador; el enemigo está ya en la Cruz.'

De qué manera podría justificar López que cuando Maximiliano, acompañado del general Castillo y de otras personas dejó la Cruz, ya estaba cercado por el enemigo, y que al decir López algo en voz baja á un oficial superior del enemigo, se dió orden á los soldados para que dejaran pasar á los que salían de aquella posición, aunque López no ignoraba que eran Maximiliano, Castillo y Salm, pues que estos iban de uniforme y además Salm llevaba en las manos las pistolas de su Emperador. ¿Qué explicación podía dar López del hecho de que á la cabeza del batallón republicano de Nuevo-Leon, desarmó á los húsares que mandaban los oficiales Paulowsky y Hachlíg, mandando López que echaran pie á tierra?

por consiguiente reunirse con Maximiliano y aceptó un escondite ofrecido por un amigo suyo.

El general Manuel Ramírez Arellano, sorprendido también en su alojamiento

Los jefes prisioneros en Querétaro y confinados á Morelia, refutaron el folleto ó Manifiesto que expidió López con el título de "La toma de Querétaro," para vindicarse de la nota de traidor que en público se le daba. Comenzaban por no admitir que la mancha caída sobre López fuese también una mancha de la Nación mexicana, pues el crimen de un individuo no podía afectar á todos los miembros de una sociedad. Negaron que la escasez de recursos en la plaza fuera de tal manera grande, que llegaran á verse desfallecidos los defensores de ella, ni que se hubiesen quejado con el Soberano de que se morían de hambre. Niegan que las municiones elaboradas en la plaza fueran de mala calidad y que la pólvora ensuciara las armas hasta llegar á nulificarlas, pues si los útiles Enfield se deterioraban, debíase esto á su mala calidad; las cápsulas de cartón tenían algunos defectos; pero no podía ser de otra manera en las circunstancias en que se encontraba la guarnición de Querétaro.

Los jefes prisioneros afirman que hasta los primeros días de Mayo no se trató de una salida formal; las salidas parciales solamente se habían hecho para satisfacer las máximas de la guerra, y la del 27 de Abril sobre la línea del Cimatarío convidó á una retirada ó á un ataque decisivo sobre el grueso del ejército republicano, pues los imperialistas permanecieron dueños de la posición más de dos horas, tiempo suficiente para emprender una retirada.

Combatieron el relato de la manera con que López se dirigió al campo de Escobedo y lo después acaecido. El general Miramón había propuesto á Maximiliano la mañana del 14 de Mayo una salida con todas las tropas, lo cual fué aprobado por el Emperador; pero quiso que antes se viera el proyecto en una junta de generales para discutir la mejor manera de llevarlo á cabo. Miramón reunió en su alojamiento á los jefes de los cuerpos, los informó del motivo por qué eran llamados y los exhortó á tener las tropas en el mejor arreglo y disposición, advirtiendo al coronel del Regimiento de la Emperatriz, que había sido destinado para especial custodia y escolta del Emperador, al emprender el movimiento. Así pues, la proyectada salida no era un secreto, pues que desde las cuatro de la tarde del día 14 se tomaban todas las providencias preliminares para su ejecución. Dispuesto ya todo, las tropas habían recibido la organización meditada por el general Miramón, se había retirado ya de los parapetos la artillería que debía apoyar el movimiento, municionándola lo mejor posible. En esos momentos se presentó á Maximiliano el coronel D. Francisco Redonet, de parte del general Méndez que se hallaba enfermo en su alojamiento, exponiendo que en concepto de este general, sería muy conveniente suspender la salida hasta el día siguiente y que se hacía responsable del éxito de la salida si se otorgaba esta concesión. Maximiliano llamó á los generales Miramón y Castillo, y de común acuerdo resolvieron aplazar la salida para el siguiente día 15.

Según las noticias de los jefes confinados á Morelia, en esto se pasó el tiempo hasta las once de la noche; media hora después, ya libradas las órdenes necesarias para que todo permaneciera en su primitiva colocación, se retiró el general Miramón á su alojamiento, advirtiendo á los jefes que permanecieran tranquilos hasta recibir nuevas órdenes y solamente las dos baterías destinadas á apoyar la salida quedaron, una parte en la plaza de la Cruz y la otra á las puertas de los almacenes de San Francisco.

Afirman los citados prisioneros que López, tres ó cuatro días antes del 15 de Mayo, había solicitado que se le permitiera disponer de una parte de la fuerza que mandaba el jefe Yablousky, para ayudar á la custodia de la huerta de la Cruz, y que esa misma fuerza cubría la tronera de la derecha, por la que penetraron los republicanos, abierta en la barda izquierda de dicha huerta, y de la cual había sido retirada la pieza que estuvo allí situada, con objeto de que formara parte de las baterías de ataque en la salida proyectada para la noche del 14.



to, se salvó debido á su sangre fría, haciéndose pasar por un subalterno de poca importancia, y porque además dió á sus aprehensores un precioso reloj y todo el oro que llevaba; después desaparece por las azoteas de su casa y disfrazado logra llegar á la capital del Imperio sitiada á la sazón por el ejército de Oriente.

El coronel Santa Cruz, del 4.º de lanceros, aunque ya herido, quiso abrirse paso y cayó despedazado por las balas de sus enemigos.

El coronel Campos, jefe de la escolta de Maximiliano, fué separado de los prisioneros conducidos á la Cruz y fusilado, aunque estaba ya herido. Otros jefes y oficiales fueron entonces víctimas de rencores privados ó de la exaltación de los vencedores.

El general Escobedo temía que los imperialistas intentaran combatir en su desesperación, y destacó al general Corona, con objeto de impedir esta eventualidad; pero en el momento en que este general avanzaba hácia la altura, Maximiliano resuelve no librar combate alguno, al saber que Miramón estaba herido y ante aquellas terminantes frases de Mejía: "*Señor, pasar es imposible.*" Maximiliano dispuso enviar un parlamentario.

Este se presentó á Corona con bandera desplegada, y le manifiesta que llevaba una misión de Maximiliano y Mejía; le contestó Corona, diciéndole: que volviere al campamento é informara á los que le habían mandado, que ya hacía saber al general en jefe lo que pasaba y que daba órdenes para suspender los fuegos en la línea republicana.

El parlamentario volvió por segunda vez y los imperialistas comenzaron á avanzar hácia el centro de la ciudad, en actitud pacífica, desprendiéndose un oficial para anunciar á Corona que Maximiliano y Mejía deseaban hablar con él. Se dirigió entonces hácia ellos acompañado del general Cortina y del Estado Mayor respectivo.

Maximiliano manifestó á Corona su deseo de hablarle aparte; le declaró que ya no era Emperador, puesto que había abdicado ante el Consejo de gobierno de México. Corona le contestó que no le incumbía tratar de aquel asunto y le aseguró que tanto él como los que le rodeaban, encontrarían toda clase de garantías hasta que llegara el general en jefe, quien poco después se presentó, y le fueron entregados Maximiliano y Mejía.

Al llegar Escobedo, seguido de su Estado Mayor, dió Maximiliano algunos pasos para recibirle y después de un saludo, aunque grave, político, le manifestó su intención de hablarle aparte. Retirados los ayudantes á una orden de Escobedo, le dijo Maximiliano:

—¿Permitireis que bajo la salvaguardia de una escolta me dirija á cualquier puerto de la costa, en donde pueda yo embarcarme para Europa? Prometo, bajo garantía de mi palabra, no volver á poner jamás los pies en México."

—Me es imposible, respondió lacónicamente Escobedo, acceder á lo que pedís.

—Puesto que es así, espero no permitireis que se me insulte, y me tratéis con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.

—Sois en efecto prisionero mío, respondió Escobedo.

A continuación descifró el príncipe su espada y la presentó al general, quien hizo que la recibiera el jefe de su Estado Mayor. (1)

Viendo Maximiliano la imposibilidad de sostenerse por más tiempo en la posición elegida, había perdido toda esperanza de retirarse y decidió enviar á su oficial de órdenes Pradillo con la misión de parlamentar con el general Escobedo, pidiéndole garantías para las tropas imperiales y ofreciéndose en holocausto. Pradillo se dirigió á todo correr en busca del general Escobedo, en tanto que en el cerro de las Campanas se levantaba la bandera blanca y callaban los cañones, señales que no fueron suficientes para contener el avance de los republicanos, ni para que dejase su artillería de enviar una lluvia de proyectiles huecos y macizos sobre el cerro. Maximiliano comprendió con esto que todo había concluido para él, y sin esperar el regreso del parlamentario se rindió á discreción á los jefes republicanos Riva Palacio y Corona. Entretanto los dragones de la Emperatriz se dispersaron. (2)

Escobedo recibió la espada del Emperador vencido y la pasó á un ayudante para que fuese entregada al Presidente Juárez. Algunos minutos conversaron

(1) El 16 de Mayo escribió el general Escobedo lo siguiente á su gobierno:

"Ayer, al momento de constituirse prisionero Maximiliano, me ha hecho las declaraciones siguientes: 1.º He mandado mi abdicación á mediados del mes de Marzo último. La copia de esta acta, certificada y firmada por el Ministro, se halla entre los papeles que se me han tomado en el convento de la Cruz. El original fué enviado al Presidente del Consejo de Estado D. José M. Lacunza, con orden de publicarlo tan luego como me encontrare legalmente prisionero.

2.º Si es necesario que haya una víctima, que yo sea, al menos, la única.

3.º Deseo que mis criados y las personas que me acompañan sean bien tratadas, porque me han servido con toda lealtad en los peligros é inestabilidad de mi situación."

"Me ha declarado también, que su único deseo era salir del país, y que esperaba se le proporcionara una escolta, para que lo condujese al lugar en que debía embarcarse. Le contesté, que por mi mismo no podía concederle nada; que únicamente transmitiría sus instrucciones al Supremo Gobierno."

[2] Cuando Maximiliano se convenció de que no era posible hacer otra cosa que rendirse, dispuso que se sacaran pedazos de lienzo blanco de una tienda de campaña, y que los colocaran arriba de las fortificaciones, en señal de que quería parlamentar. Mandó proponer á Escobedo la rendición sobre bases cuya primera condición era: que si había necesidad de alguna víctima se le escogiese á él. Entre tanto los republicanos avanzaban, y rehusada la capitulación propuesta por Maximiliano fué necesario á los imperiales rendirse.

Montó Maximiliano á caballo, y seguido de todos los oficiales llegó al pie del cerro, en cuyo lugar encontró al general Corona. Allí se separó de los oficiales, dejando á su lado únicamente á los jefes Castillo, Mejía y Salm-Salm. Maximiliano vuelve á subir el cerro al lado de Corona, con el que conversó tranquilamente mientras llegó el general Escobedo á quien entregó la espada.



aparte Maximiliano y Escobedo; en seguida montaron á caballo y seguidos de los oficiales imperiales y de una fuerte escolta, siguieron hasta la Cruz atravesando la ciudad que se mostraba consternada.

Llegados á la Cruz Maximiliano y los adictos que le seguían, desmontaron y después de quitarles las armas fueron puestos en prisión.

Buscado el general Ramón Méndez con premura, al fin fué descubierto en una casa del centro de la ciudad, denunciado por su propio criado que se vendió, y preso en el escondite donde se había refugiado cuando vió que le era imposible reunirse con el Emperador. Conducido al convento de las Teresas en la noche del 18 al 19 de Mayo, y estando seguro de que iba á ser fusilado, recomendó su familia al coronel D. Juan Berna, el mejor de sus amigos. Condenado á muerte violentamente, se le condujo á la Alameda pocas horas después para fusilarlo. Al salir de la prisión mostró grande entereza, encendió un cigarro y fué á dar un apretón de manos á los otros generales presos, entre los cuales estaba D. Tomás Mejía, quien le dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—Méndez, estoy seguro que os mostrareis hoy delante de estas gentes como siempre que las habeis tenido enfrente.

—Estad tranquilo D. Tomás, contestó Méndez.

Quiso éste ver también al Emperador, quien conmovido le dijo:

—Méndez, sois la vanguardia; pronto vamos á reunirnos con vos.

Conducido á una iglesia cercana el sentenciado, se le dieron dos horas para confesarse, comulgar y ver á su familia por última vez; veloz transcurrió ese corto plazo, que al terminar le sorprendió abrazado con su esposa, su hermana y su hijo de diez años; los tres sollozaban y le oprimían entre sus brazos, queriendo retenerle y oponerse á que los abandonara. Ante aquel cuadro, todo ternura, lloraban también los sacerdotes llamados para auxiliar al reo, y aun los militares republicanos que presenciaban tan conmovedora despedida, hasta que un oficial le puso fin, haciendo una seña que Méndez sólo percibió y que significaba que era necesario partir; entonces Méndez, temiendo perder sus fuerzas si aquella escena se prolongaba, al querer decir el último adiós á los seres que le rodeaban, les hizo creer que tenía algo muy importante que comunicar á alguna persona, y que tan sólo se separaba de ellos por un instante para volver en seguida; les dejó con esa esperanza y no volvió más.

Conducido á la Alameda entre hileras de soldados y de curiosos, saludaba sonriendo á todos los que reconocía. No permitió que le vendaran los ojos y murió con valor, fusilado por detrás como traidor. Se le obligó á arrodillarse con la espalda vuelta á los soldados que iban á tirarle; pero al recibir los primeros tiros se volteó y quedó frente á los que formaban el pelotón; ya con cuatro balas en el cuerpo, hace señal de que le tiren á la cabeza; se adelanta el cabo, pone el fusil en la oreja del sentenciado que recibe el disparo para entrar en la eternidad. En la casa frente al lugar donde Méndez fué fusilado, presenciaron la ejecución multitud de oficiales republicanos, y en la misma estaba oculto el genera



*General Refugio González.*

Fiscal sustituto en la causa instruida contra Maximiliano de Hapsburgo y los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. El general González leyó á Maximiliano en la prisión militar de Capuchinas, á las once de la mañana del 16 de Junio de 1867, la sentencia de muerte.